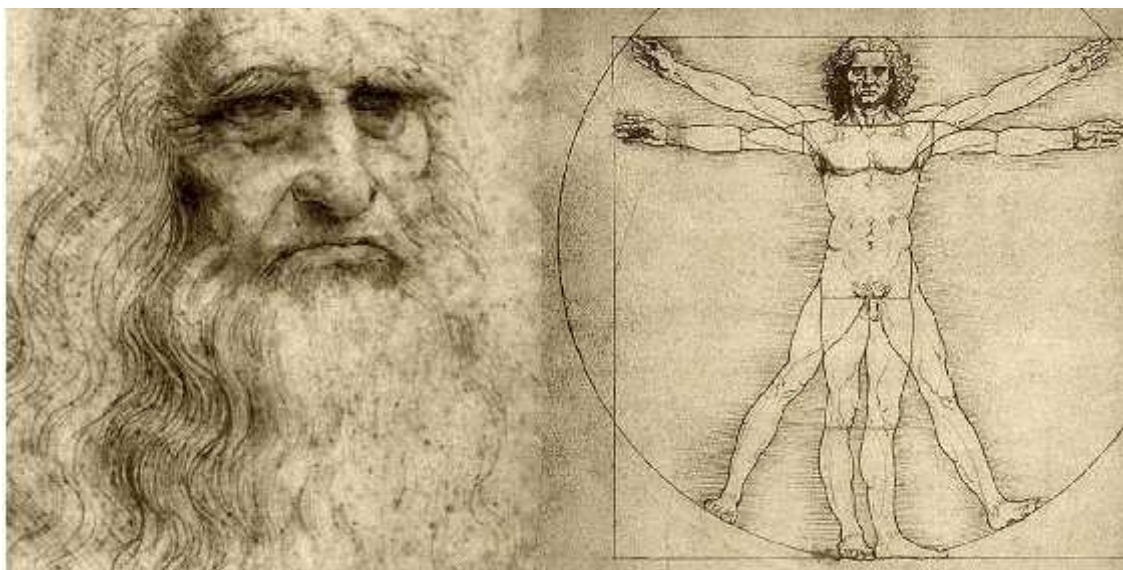


La Europa del Renacimiento

(Texto exclusivo de lectura)



Autor: Bartolomé Bennassar

Red Editorial Iberoamericana, S.A. (REI)

México, 1990.

Un fenómeno europeo

La palabra *Renacimiento* tuvo tanto éxito para calificar una época original (e indudablemente brillante) de la historia europea, que sigue siendo de uso corriente sin dar lugar a contrasentidos. Esta palabra sirve para definir el mismo fenómeno en varios países europeos: *Renacimiento* en español, *Rinascimento* en italiano, *Renaissance* en francés, *Renascimento* en portugués. Es cierto que el inglés usa la palabra francesa *Renaissance*, cuando se trata de arte, y la palabra *Revival*, si alude a la literatura. Igualmente, el alemán utiliza dos palabras distintas, más la francesa *Renaissance*, lo que puede significar que en Alemania e Inglaterra los ideales del renacimiento no encontraron tanta aceptación como en los países ya señalados, quizá por la resistencia de tradiciones artísticas y culturales específicas. En cambio, no importa mucho que la palabra tuviera al principio un sentido exclusivamente religioso, puesto que la significación actual es aceptada y entendida por todos.

El Renacimiento fue un fenómeno de alcance europeo, incluso con proyecciones importantes en Polonia, en Suecia y en Rusia. Ya veremos como corresponde a un momento de la historia de nuestro continente en que existió cierto internacionalismo, con circulación intensa de hombres (artistas, estudiantes, mercaderes, soldados, diplomáticos, religiosos, espías), ideas, formulas estéticas, dinero, mercancías, técnicas, etc. Incluso en aspectos más conflictivos, como puede ser el mercado europeo de soldados mercenarios.

Pero el primer renacimiento fue el de la vida. De 1460 a 1560 Europa conoció un auge demográfico de gran pujanza. Europa era en aquella época un continente joven, abierto toda clase de novedades.

1. Renacimiento de Europa: La explosión de la vida

En una pequeña ciudad del centro de Francia, La Chaise-Dieu, podemos contemplar, hoy día, una maravillosa y amplia tapicería, de 26 metros de longitud por dos metros de altura, en la cual la muerte llama a representantes de todas las capas sociales. Aunque haya discrepancias a propósito de su interpretación, la frecuencia de este tema artístico en el siglo XV corresponde a la violenta ofensiva de la muerte en el siglo XIV y en las dos terceras partes del siglo XV: después de varias hambrunas (entre ellas la de 1315-1317), la tremenda peste negra de los años 1348-1349 y todo un séquito de calamidades, enfermedades y guerras, especialmente entre 1410 y 1440. Es la época de las **danzas macabras**, título de este tapiz de la Chaise-Dieu.

El cambio de tendencia

Hacia 1460 surgió un cambio importantísimo. La peste no desapareció, pero dejó de ser endémica para volverse epidémica. Aun era temible, pero podía pasar diez, quince o más años sin que se produjera ninguna manifestación de la enfermedad. La producción agrícola empezó a ser suficiente para mantener a la gran mayoría de la población, aunque más o menos cíclicamente la meteorología provocaba crisis y escasez a causa de las sequías, las heladas precoces o tardías, las crecidas de agua, etc.

En cuanto a la guerra, el mayor conflicto bélico del periodo 1460-1560, es decir, las **Guerras de Italia**, no resultó ni mucho menos tan mortífero como la **Guerra de los Cien Años** o la de las **Dos Rosas** en Inglaterra, y los demás conflictos fueron relativamente breves: solo duraron dos o tres años.

Como consecuencia, Europa experimentó durante el periodo 1460-1560 un crecimiento tan importante que, según los especialistas, la población pudo duplicarse.

¿Por qué nosotros, los historiadores, nos arriesgamos a una afirmación tan rotunda? Porque la investigación del último medio siglo aprovechó las fuentes disponibles y, con gran rigor científico, produjo toda una serie de estudios regionales o locales que no permiten la menor duda. ¿Pero qué fuentes? La verdad es que para dicho periodo una de las fuentes más cotizadas en la demografía histórica son los registros parroquiales, en los cuales los curas o sus ayudantes redactaban las partidas de bautismo, casamientos y defunciones. En muchos casos no existen o no ofrecen garantías suficientes, pero cuando, excepcionalmente, este tipo de documento resulta aprovechable, los datos que proporciona coinciden con los que se obtienen de otras fuentes: así ocurre en la Bretaña francesa (parroquias de Saint-Aignan-de-Grandlieu, Pannece, Chantepre), en Castilla la Vieja (Tudela y Laguna de Duero) y en Toscana. Las curvas de bautismos extraídas de todas ellas manifiestan un auge indiscutible entre 1500-1560. Pero las fuentes más espectaculares de la época son los centros de población (o padrones) que hacían el recuento de los <<cabezas de familia>> con evidentes intenciones presupuestarias. La lista de vecinos (en Castilla), feux (Francia), fuochi (Italia) no son en realidad más que listas de virtuales contribuyentes.

Veamos algunos ejemplos. El caso italiano es uno de los mejor conocidos. La zona que incluye Venecia, Verona, Brescia y sus tierras, pasó de 495.831 almas en 1500 a 676.076 en 1550, y no hemos de olvidar que el crecimiento empezó en los años 1450-1460. En el reino de Nápoles se contabilizan 254.380 *fuochi* en 1501-160.981 en 1548, pero sin contar las tres grandes ciudades de Palermo, Mesina y Catania. Queda por aclarar que cada *fuoco* incluía a cuatro o cinco personas.

Francia nos ofrece un panorama análogo. La población francesa se duplicó entre 1450 y 1560, y los contemporáneos se quedaron pasmados al contemplar el fenómeno; valga como prueba esta cita de Claude de Seyssel en su *Gran Monarquía de Francia* <<En los campos se conoce la gran abundancia de los pueblos, ya que en muchos lugares y grandes comarcas que solían ser eriales ahora están cultivados y poblados con casas y caseríos. >> La tierra de Caux, en la provincia de Normandía, progresó a razón del 0,9% anual durante todo el siglo, aunque con variaciones importantes (1,56% de 1530 a 1550). En el Languedoc, el ritmo fue todavía mayor: 1,94 % de 1490 a 1557 en el distrito de Aniane; 1,29% de 1502 a 1559 en el de Bessan. En la Provenza los vecinos se triplicaron entre 1470 y 1540, con cifras imponentes en las llanuras: la tierra de Apt registró 191 *feux* en 1470, y 731 en 1540; la de Saint-Maximin 288 en 1470 y 1.149 en 1540. Toda la zona norte de L'Ile-de-France conoció una

recuperación brillante, destacado las comarcas de Vexin y Valois. Y también más al norte, Cambrésis.

¿Por qué utilizamos la palabra recuperación? Porque en la gran mayoría de los casos el nivel demográfico alcanzado hacia 1550-1560 es equiparable al de 1340, antes de la calamitosa peste negra. Algo superior en la *Provenza* pero algo inferior en la tierra de *Caux*, por ejemplo. Algunas de las mayores ciudades de Italia superaron al principio del siglo XVI su máximo del siglo XIV: Milán, que tiene 60.000 habitantes en 1288, llegó a 110.000 en 1503; y Florencia, que en vísperas de la peste negra contaba 55.000 almas, alcanzó las 70.000 en 1520. Pero la verdad es que las guerras de Italia redujeron estas cifras a 68.500 y 60.000 respectivamente alrededor de 1550. En cambio, Venecia prosiguió su impresionante desarrollo: rebasó los 100.000 en 1509 y 1552 alcanzó 158.000 habitantes; pero la mayor ciudad de Italia era Nápoles, con 220.000 almas aproximadamente.

Los Países Bajos, a pesar de su riqueza, experimentaron quizá un auge menor, auge notable: de 1501 a 1554, la población de Luxemburgo aumentó en un 39%. Para todo el siglo podemos registrar la cifra del 50% de incremento para el conjunto de los Países Bajos, algo más para Inglaterra, Alemania y Hungría, y aún más en los casos de Polonia y Rusia, aunque todo ello sin la seguridad y precisión que disfrutamos en Italia, Francia y España.

Los factores del cambio

¿Cómo se produjo el crecimiento?, ¿Cuál fue el factor decisivo? No es fácil contestar a estas preguntas, puesto que para hacerlo sería preciso disponer de los registros de bautismos, matrimonio y defunciones, y a partir de ellos usar el eficaz método de reconstitución de familia inventado por los demógrafos franceses Henry y Freury. Sin embargo, cotejando los datos que tenemos podemos adelantar las hipótesis siguientes, que resultan muy verosímiles:

- El elemento fundamental sería el retroceso de la mortandad de los jóvenes y adultos gracias a la disminución de las hambres y carestías, y a la menor intensidad de las pestes. En cambio, no es probable que la mortalidad infantil (niños de 0 a 1 año) descendiese de modo significativo.
- Un segundo factor positivo sería una mayor tasa de nupcialidad, producida por cierto optimismo surgido del desarrollo económico y de las posibilidades de ascenso social características del periodo. Este fue un fenómeno contrario al que acontecería después, en el siglo XVII, cuando la coyuntura económica se hizo pesimista: las mujeres se casaban muy tarde, a los 27 años como promedio en los casos bien estudiados de Inglaterra y del norte de Francia. En cambio, es probable que el mejor nivel de vida de la época del Renacimiento produjera casamientos mas precoces y una tendencia a abreviar la viudez (los viudos, hombres o mujeres, se volverían a casar con mas brevedad y con mayor entusiasmo).

- Evidentemente, el aumento de la nupcialidad produciría una tasa de natalidad mas elevada, sobre todo en un siglo en el que solo excepcionalmente se practicaban métodos anticonceptivos.
- Por otra parte, se produjeron importantes migraciones de poblaciones, sobre todo durante el periodo 1460-1500, para repoblar las zonas ricas asoladas por las catástrofes de los siglos XIV y XV. El movimiento se ha demostrado, por ejemplo, en la cuenca de Paris, adonde acudían repobladores de distintas regiones pobres, tales como el Macizo Central y Bretaña.

La Tierra Firme de Venecia acogía a los campesinos lombardos desplazados y maltratados por las guerras. En muchos casos, los poderes locales favorecieron esta migraciones, apoyados por los señores que, ansiosos por fomentar la producción de sus dominios, improductivos por la falta de mano de obra, concedían condiciones atractivas de asentamiento a los nuevos colonos.

Un arte diferente

Esta victoria de la vida en el largo periodo de un siglo pudo facilitar los nuevos modos de expresión del arte renacentista. Del tema de la *danza macabra*, tan significativo de la angustia del siglo XV y por su obsesión de la muerte, pasamos a la alegría de los cuerpos desnudos y hermosos, que ya no tiene vergüenza de exhibirse: la *Venus* y la *Danae de Ticiano*, la *Venus de Giorgione*, el *Retrato de Simonetta* de Piero di Cosimo, otro Retrato de mujer desnuda de Giovanni Bellini, el *David* de Donatello, la desnudez trasparente de la *Primavera* de Botticelli e incluso de *la Mujer en el baño* de Van Eyck, entre otras muchas obras.

No se puede afirmar que esta complacencia en representar los cuerpos desnudos y en expresar su sensualidad, fuese únicamente producto del cambio demográfico, ni que sea este el motivo esencial; ni mucho menos, máxime cuando sabemos, por ejemplo, el papel que jugaron los descubrimientos arqueológicos al revelar las obras maestras de la Antigüedad. Pero es indudable que la explosión de vida tuvo su importancia en esta transformación de la mentalidad que generó el Renacimiento.

2. Nuevos ideales y nuevas técnicas de difusión

Algunos decenios antes de que se produjera el cambio demográfico, la investigación de los eruditos ya anunciaba rumbos nuevos. Petrarca y Boccaccio, en el siglo XIV, hicieron lo suyo para salvar o recuperar la herencia de la antigüedad: buscaron manuscritos y tradujeron al latín las obras de Homero, Herodoto y otros para favorecer su defunción dentro de la Cristiandad occidental. Así comenzó el amanecer del fenómeno que se conocería como Humanismo.

El Humanismo

Puede definirse como un movimiento cultural que defiende una nueva concepción del mundo en la que el hombre ocupa el lugar esencial, sin negar, ni mucho menos, la existencia y la prepotencia de Dios, que sigue siendo el creador del Universo. Nos puede ayudar esta cita sacada de la obra de Pico de la Mirandola **De dignitate hominis** (1486): <<Leí en los libros de los árabes que en el mundo no se puede ver nada más admirable que el hombre>>. Es interesante apuntar que esta tendencia no pretende únicamente situar al hombre en el centro del mundo creado, sino afirmar y reivindicar su dignidad.

Se trata de recuperar lo esencial, lo mejor de la herencia humana clásica para incorporarlo al patrimonio de la civilización y enriquecer la tradición de la Cristiandad occidental. Con la evidente participación de Italia, aparecieron centros humanistas en Roma, Florencia, Venecia y otras ciudades, que aprovecharon el apoyo y el amparo del papa Pió II, *Aeneas Sylvius Piccolomini* -él mismo humanista famoso-, para desarrollar el estudio del griego y de las obras de los autores griegos.

El descubrimiento esencial fue la obra de Platón y de la escuela neoplatónica, al que siguió la recuperación de la obra científica de Pitágoras, Euclides, Tolomeo y la escuela filosófica de Alejandría. Mientras que la Edad Media reducía la memoria de la Antigüedad griega al pensamiento aristotélico, el Humanismo intentó y logró salvar del polvo y del olvido, no solo a Platón, a los platónicos y a la ciencia, sino también a la poesía (Hesiodo, Homero), al teatro (Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes), a la historia (Herodoto, Tucídides, Jenofonte), a la elocuencia (Demóstenes), etc. El mismo movimiento devolvió su fama a los grandes escritores latinos: poetas, historiadores, ensayistas, moralistas (Virgilio, Cicerón, César, Suetonio, Séneca, Marco Aurelio, Tácito, Plinio y otros).

Esta recuperación no se hizo a ciegas. La búsqueda de manuscritos y los hallazgos de copias y versiones diferentes, dieron lugar a la crítica de textos, estimulada por el descubrimiento de gran número de documentos falsos elaborados durante la Edad Media. A mediados del siglo XV, Lorenzo Valla demostró que la famosa <<donación de Constantino>>, por la cual el emperador cedía al Papa la parte central de Italia que dio lugar al Estado Pontificio, era un documento falso. De hecho, el espíritu crítico nacido del Humanismo puso en tela de juicio los textos más famosos, incluso sagrados; entre ellos la traducción latina de la Biblia, la *Vulgata*, en la versión de San Jerónimo, que criticó Lorenzo Valla en un texto publicado después de su muerte, en 1505. Y el humanista francés Lefebvre d'Etaples, en 1507, yuxtapuso la traducción latina de la Biblia a la de la *Vulgata* para demostrar sus errores. Así las cosas, el Humanismo abrió el camino de la verdad frente a los textos oficiales.

Una de las tareas más importantes de Humanismo fue reconciliar el legado de la Antigüedad greco-latina con tradición cristiana, fundiendo las dos corrientes intelectuales y espirituales en una filosofía, un ideal único y trascendente que dejó huellas profundas hasta nuestros días. Sin embargo, existió otra

orientación del Humanismo, la de la Universidad de Padua, personificada por Pietro Pomponazzi (1462-1525), que se situaba dentro de la hipótesis de una humanidad desprovista de la revelación divina, y separaba la fe de la filosofía bajo el pretexto de que Dios era incognoscible. Las dos obras mayores de Pomponazzi, **De immortalitate animae** (1516) y **De Fato** (1520), concluían que el alma intelectual moría con el cuerpo y que no coincidían las ideas del libre albedrío con la omnipotencia divina. Entonces, lo importante era alcanzar el mayor grado posible de humanidad y conformarse a la naturaleza. Siguiendo la corriente inspirada del averroísmo, el humanismo paduano se acercaba a un agnosticismo con sabor materialista.

La inspiración dominante del Humanismo fue la del humanismo cristiano, definida en Florencia por Marsilio Ficino (1433-1499) en su **Teología platónica** (1469-1474), y a la que se adhirieron muchos de los mejores espíritus del tiempo: en Italia, Poliziano, Pico de la Mirándola; fuera de Italia, Erasmo, Lefebvre d'Etaples, Budé, Vives, Colet, More, Reuchlin, entre otros. La idea básica de Marsilio Ficino era que la filosofía platónica había sido un prologo, una preparación, a la revelación cristiana, así como una manera de modelar la mentalidad humana para que pudiera recibir la verdadera religión, de los evangelios, la de las epístolas de San Pablo y la de los Padres de la Iglesia. Según la teología platónica, Dios es el Ser por excelencia y todos los demás seres proceden de Él, jerarquizados según su pureza y su aproximación a Dios. Así, las esencias de las cosas materiales que constituyen el Universo, son criaturas de Dios vestidas con formas sensibles y corruptibles para existir, es decir, transitorias. Situado en el centro del Universo, el hombre es a la vez alma inmortal, reflejo de Dios y ser privilegiado, pero también materia en su forro de carne putrescible. El destino superior de hombre es pasar de esta condición a la inteligencia de las ideas que le permitirán volver al Ser del que procede, Dios, por los caminos del conocimiento. El hombre dispone de tres vías de conocimiento: los sentidos (alma animal), la razón deductiva (alma racional) y la contemplación, que permite al alma intelectual intuir lo divino. La exaltación de la dignidad humana hace posible el retorno al Dios creador. Pero usando de su libertad, el hombre puede rechazar este destino y permanecer en el nivel de los animales.

El historiador P. Gilmore enmarca el Humanismo entre 1453 y 1517. Obviamente, son fechas demasiado drásticas, pero simbólicas. En la primera, 1453, la toma de Constantinopla por los turcos provocó la huida hacia Occidente de las últimas élites griegas del Imperio Bizantino, entre ellas muchos eruditos y sabios que llevaron consigo gran cantidad de manuscritos. Es el caso del cardenal Bessarion, que llegó a Venecia con una verdadera biblioteca. Este aflujo de manuscritos orientales (griegos, hebreos, árabes) y de eruditos dio un impulso decisivo al aún incipiente Humanismo. La segunda, 1517, el año en que Lutero clavó sus 95 tesis en las puertas de la capilla de Wittemberg, es decir, la quiebra de la Cristiandad occidental, y por consiguiente del mismo Humanismo, expresada en toda una serie de controversias y disputas: la de Leipzig (julio de 1519), entre Lutero y Juan Eck; la de 1526, en Suiza; las de Marburgo (1529), y Augsburgo (1530); el conflicto entre Erasmo y Lutero, el primero publicado en **De libero arbitrio** (1524) y el segundo contestando con el de **De severo arbitrio** (1525).

El Humanismo no tuvo solo consecuencias religiosas (las de las Reformas, protestante o católica). El Humanismo fundo también una estética que influyo de forma decisiva sobre el Renacimiento. Para los humanistas, la belleza es un camino del conocimiento, puesto que, junto con la armonía, se aproxima a lo divino. El hombre tiene el poder de crear la belleza, observando la naturaleza y despojándola de sus imperfecciones, usando criterios exigentes de selección. Este esfuerzo para alcanzar una belleza ideal, imitando pero corrigiendo la naturaleza, va a ser uno de los motores de la creación artística del Renacimiento. Por otra parte, la idea de que la belleza humana es la forma superior de expresión estética, impulsa el estudio y la representación del cuerpo humano, estimulados por los hallazgos arqueológicos. Las artes plásticas, la escultura y la pintura especialmente, experimentan un extraordinario desarrollo.

El espíritu científico

El Humanismo dotó al espíritu científico de uno de sus fundamentos, la crítica de los textos y documentos. Dio algunos pasos en el campo de la experimentación con Leonardo de Vinci, con el médico flamenco Antonio Vesalio y con el ceramista Bernardo Palissy, pero hay que reconocer que la excesiva admiración por la Antigüedad paralizó quizás la innovación científica. Las hipótesis geniales de Nicolás Copernico (**De revolutionibus orbitum caelestium**, Nuremberg, 1543), ofreciendo su visión heliocéntrica de la gravitación de los planetas en torno al Sol, fue más fruto de la intuición y de la razón deductivas que de la observación, aunque sacara algún provecho de la observación de Marte y Venus. Con todo, es preciso admitir que la contribución científica de siglo XVII resultaría mucho más fecunda y provechosa que la del XVI.

Las reformas religiosas

Ya vimos como el espíritu crítico promovido y difundido por el Humanismo tuvo su repercusión en los movimientos de reforma religiosa. Según escribió Jean Jacquart, los humanistas <<reivindican el derecho a averiguar, a la luz de la filología clásica, cómo fue transmitida la palabra de Dios>>. Y fue haciendo una nueva lectura de las Epístolas de San Pablo como concibió Lutero su doctrina de la justificación por la fe.

Sin embargo, las reformas no procedían únicamente del Humanismo, sino de un conjunto de inquietudes y aspiraciones que no supo o no pudo satisfacer la iglesia Romana. Esta misma Iglesia albergaba muchos abusos conocidos que basta recordar rápidamente: absentismo de obispos, abades y curas, que acaparaban los numerosos beneficios eclesiásticos existentes; simonía, es decir, compra de las dignidades eclesiásticas; ignorancia de gran parte del clero, pues no existía un sistema de formación para los sacerdotes (los seminarios aparecerán después del Concilio de Trento y con lentitud); supersticiones varias. La mayoría de los sacerdotes vivían amancebados, pero esto no tenía tanta importancia como las carencias en la cura de almas, puesto que el pueblo consideraba con indulgencia las debilidades sexuales del clero con la condición que no pusiera los ojos ni las manos en la mujer del prójimo.

En el transcurso de los siglos, la Iglesia, ya había conocido crisis parecidas y las había superado, como en el siglo XI con la reforma Gregoriana. Pero esta vez los abusos de la Iglesia no constituían lo esencial; más bien existía una angustia por la salvación eterna, una multitud de interrogaciones con respecto a las fuentes de la fe, a la eficacia de los sacramentos, a los dogmas (caso de la Trinidad), y también con respecto a la moral, ya fuera la moral económica (por ejemplo, el caso del préstamo con interés), ya fuera la moral sexual (el ritual del matrimonio era muy incierto y para muchos la fornicación entre personas solteras era lícita). La Iglesia no podía contestar a todas estas inquietudes: ella misma conservaba muchas dudas e incertidumbres dogmáticas, a pesar de los esfuerzos de los concilios del siglo XV, y de algunas reformas ya en marcha, como el del cardenal Cisneros en Castilla, que restableció las primitivas reglas franciscanas y limitó los privilegios del clero.

Esto explica que algunos grupos, inquietos y angustiados, buscaran soluciones de tipo místico; caso de los <<alumbrados>> en Castilla, o de los practicantes de la **devotio moderna** que seguían, en la Alemania del Rin, en los Países Bajos y en parte de Francia, el modelo de los *Frères de la vie commune* (Hermanos de la vida comunitaria) de Windesheim. Despreciando parcialmente la observancia y los ritos tradicionales se entregaban a la oración personal, a la meditación comunitaria y a la lectura de autores espirituales; es decir, se orientaban hacia una religión más interior que social y ritualizada. Estas soluciones suponían ya cierto nivel intelectual, y no podían contentar las aspiraciones de las masas ni tampoco las de los propios miembros del clero, que no conseguían encontrar a Cristo por las vías místicas. En efecto, casi todos los reformadores procedían de la misma Iglesia y no de afuera. Martin Lutero, como todo el mundo saben era un monje agustino; Ulrich Zwinglio, el reformador suizo, era cura de la parroquia de Glaris desde 1507; Martin Bucero, que guió la Reforma de Estrasburgo, era dominico; Oecolampadio, el inspirador de la Reforma de Basilea, era profesor de teología; el sacerdote Menno Simons, fue el líder de los Anabaptistas pacíficos de los Países Bajos; el predicador calvinista en Flandes, Pierre Brully, era también un dominico. Y el mismo Juan Calvino recibió un beneficio eclesiástico y estudió teología en París antes de darse a las ideas de la Reforma. Sería fácil multiplicar los ejemplos; es un hecho perfectamente lógico, pues la gran mayoría de los intelectuales eran miembros de la Iglesia secular o regular.

La iniciativa de Lutero desencadenó un proceso imposible de controlar. Así a partir de 1517, la Cristiandad occidental no se partió en dos, sino que estallo en varios fragmentos. El luteranismo conquistó buena parte de Alemania, incluso Alsacia, logro un éxito definitivo en los países escandinavos (Dinamarca, Noruega, Suecia) y consiguió penetrar en Bohemia, Hungría y Polonia; pero las posiciones ganadas en los Países Bajos o en Francia fueron perdidas en favor del calvinismo. Suiza se convirtió en un mosaico religioso, con distritos que siguieron siendo católicos, otros que siguieron a Zwinglio (la zona e Zurich), otros a Oecolampadio (Basilea), y Ginebra a Calvino.

Inglaterra eligió un camino propio bajo el impulso de Enrique VIII, que en 1534, se proclamó jefe de la Iglesia Inglesa (Acta de Supremacía), una iglesia

nacional que conservó, un culto parecido al católico con variaciones y vacilaciones al compas de los reinados siguientes: orientación calvinista en tiempos de Eduardo VI, vuelta provisional al catolicismo bajo María Tudor y elección de un anglicanismo moderado con Isabel I. Esta Iglesia nacional no consiguió una adhesión unánime, pues, además de los católicos que no aceptaban la ruptura con Roma, aparecieron cada día más disidentes del anglicanismo deseosos de una ruptura drástica con la Iglesia oficial y contrarios a la jerarquía episcopal. También en varios lugares de Alemania, Países Bajos, Italia y los Alpes, surgieron sectas minoritarias, tales como anabaptistas o valdeses, que consiguieron desarrollar durante varios decenios una vida religiosa y social original.

No cabe duda que esta quiebra espiritual del accidente cristiano, esta fragmentación del espacio religioso europeo, condenó a muerte el sueño imperial de la unidad europea y, por el contrario, favoreció el despertar de los nacionalismos, ya que en varios casos (Inglaterra, Países Bajos y España) se llegó a un proceso de identificación entre nación y religión; más aún si recordemos que la división religiosa no fue acompañada por la tolerancia, ni de derecho ni de hecho.

La intolerancia católica tuvo el apoyo eficaz de la Inquisición en España, Portugal, Sicilia, Roma y Venecia (aunque el Santo Oficio veneciano fuera menos riguroso). También la Inquisición pontificia se hizo temer en Nápoles y en los Países Bajos. En los países apartados de Roma la intolerancia no fue menos represiva, con algunos matices. En Inglaterra, Enrique VIII envió al suplicio a John Fisher y a Tomás Moro, que rehusaban el Acta de Supremacía. Todos acosaron a los anabaptistas, y Zwinglio los hizo ahogar en Zurich. Calvino, en Ginebra, desterró a sus detractores e hizo condenar a muerte a Miguel Servet.

Los católicos y los reformadores de las distintas corrientes discrepaban en cuestiones fundamentales de índole dogmática o política. Veamos rápidamente los puntos clave:

- La Iglesia Católica declaraba, durante el Concilio de Trento (1545-1562), su fidelidad a los siete sacramentos, a la presencia real de Cristo en la Eucaristía bajo las especies del pan y del vino y a la necesidad de las buenas obras para salvarse; afirmaba con fuerza las ideas de la libertad humana (el libre albedrío) y del don de la gracia a todos los hombres (lo que excluía la predestinación); consideraba lícito y necesario el culto a la Virgen y a los Santos, y el uso de las imágenes; reconocía la preeminencia del Papa; prohibía otra vez el casamiento de los clérigos y religiosos; fundaba la fe en las Sagradas Escrituras (Antiguo y Nuevo Testamento), que se prolongaban en la <<Tradición>> (los Padres de la Iglesia); y contemplaba con predilección el modelo del Estado confesional.
- Los reformados, por su parte, elegían soluciones distintas. Tanto Lutero como Calvino conservaban solo dos sacramentos, el Bautismo y la Eucaristía, dando además a esta última un sentido diferente. Lutero formuló la doctrina de la consustanciación, por la cual las especies del cuerpo y de la sangre de Cristo coexisten con las del pan y del vino.

Calvino, por su parte, no admitía que Cristo pudiera estar presente en el pan y en el vino, pero tampoco olvidaba las palabras de Cristo en la Última Cena: <<Eso es mi cuerpo, eso es mi sangre. >> Así que, según él, las especies del pan y del vino recordaban la promesa de Cristo de hacer participar a los fieles de su sustancia, y en la comunión los fieles recibían la naturaleza humana de Cristo con su fuerza y sus dones sobrenaturales. Zwinglio reducía la Eucaristía a una conmemoración espiritual de la Última Cena, y la postura de los ingleses con respecto a la Eucaristía no dejó de fluctuar. En este mismo país, el poder político (el rey) ostentaba también el poder religioso, mientras que Lutero aconsejaba que la Iglesias se sometieran al poder civil, es decir, a los príncipes; lo mismo pedía a los fieles, como hizo saber en 1525 cuando condenó duramente a los campesinos que se rebelaban contra sus señores. En cambio, en Ginebra, a partir de 1541, Calvino constuyó una sociedad teocrática en la que la Iglesia se imponía al Estado. Finalmente, los anabaptistas intentaron establecer sociedades igualitarias de tipo comunista.

Es cierto que los reformadores coincidían en algunos aspectos; solían considerar que la Sagrada Escritura era la fuente única de la fe; mantenían el dogma de la Trinidad; no calificaban como sacramentos al matrimonio y al orden; no ponían obstáculos al casamiento de los ministros del culto y abrían posibilidades de divorcio. Pero también tenían discrepancias a propósito del papel de las obras, de la predestinación y de la moral, siendo los calvinistas los más rigurosos.

Las reformas y los fracasos sucesivos para rehacer la unidad de la Cristiandad latina (desde la Dieta de Worms en 1521 hasta el Concilio tridentino y la paz de Augsburgo), cambiaron completamente el panorama intelectual y espiritual de Europa. El Humanismo elaboro una filosofía que permitía incorporar en la cultura de la Europa moderna la herencia más sustancial de la Antigüedad grecorromana. Y al calor de esta magnífica síntesis, algunos pudieron esperar o soñar, como Erasmo, el advenimiento de una era de concordia universal. Su **Institutio principis cristiani** (1516) nos dejó alguna huella de este sueño. Pero antes de que Erasmo publicara esta obra, Nicolás Maquiavelo (1469-1527) entrego a la imprenta **El Príncipe** (1513), tratado cínico de filosofía política que otorgaba al príncipe todos los derechos, incluidos el crimen, la traición y el perjurio, con la única justificación de la razón del estado, y fue Maquiavelo quien tuvo la última palabra. La división religiosa de Europa y la diversidad de los ideales, facilitaron la aparición de razones de estado contrarias, con los ineludibles choques y conflictos.

Nuevas técnicas: la imprenta

La difusión de los textos del Humanismo y de las reformas hubiera sido mucho más lenta y menos profunda sin una nueva tecnología de influencia incalculable: la imprenta.

Esta técnica, que usa <<tipos>> de imprenta móviles, apareció a mediados del siglo XV en las villas del Rhin (alrededor de 1455 en Maguncia y Estrasburgo),

fue puesta a punto por Johannes Gensfleisch zur Lande (cuyo sobrenombre era Gutenberg), orfebre que trabaja financiado por el banquero Johannes Fust.

Los progresos de este método tipográfico fueron rapidísimos y después de medio siglo, 1550, ya estaba fijado lo esencial de la técnica: tipos de imprenta hechos con una aleación de plomo y antimonio, tinta especial, grabados con punzones de acero, prensas movidas a mano. En 1500, 236 ciudades de Europa ya tenían una o varias imprentas, y los talleres de copistas a mano se habían hecho inútiles. El primer libro impreso salió en 1470 en Venecia, en 1471 en París y en Nápoles, en 1473 en Lyon, en 1474 en Cracovia, en 1475 en Segovia, Barcelona y Zaragoza, en 1476 en Sevilla, en 1479 en Lovaina y en 1481 en Valladolid. En 1480 ya habían salido libros de talleres definitivos o provisionales repartido por 100 ciudades europeas, y los tipos de imprenta romana impuestos por Aldo Manuce en Venecia habían desplazado a los tipos góticos que utilizaban las ciudades alemanas. Algunas imprentas se hicieron famosas por la calidad de su producción y el cuidado de sus ediciones: Aldo Manuce en Venecia; Anton Koberger en Nuremberg (a quien se atribuyen 236 obras entre 1473-1513); Froben en Basilea; Plantin, venido del valle de Loira y afincado en Amberes en 1549.

Algunos investigadores han calculado el número de obras publicadas en la época, y la evaluación dio unas cifras de 30.000 títulos y 15 millones de ejemplares para el período 1450-1500; de 150.000 a 200.000 títulos y 150 millones de ejemplares en el siglo XVI. Los autores antiguos conocieron así una difusión extraordinaria: se publicaron 72 traducciones de Virgilio en italiano, 27 en francés, 11 en inglés, 5 en alemán y 5 en español. <<Best-sellers>> de la época fueron los libros de Erasmo: 72 ediciones de sus *Adagios* y 60 de sus *Coloquios* entre 1500 y 1525; 50 y 70, respectivamente, de 1525 a 1550.

3. Una comunidad internacional

A pesar de la competencia y de las rivalidades entre las naciones, de los conflictos bélicos y de la quiebra espiritual producida por la Reforma, la Europa de este tiempo es una auténtica realidad existencial y no una mera expresión geográfica. Los lazos culturales, económicos y políticos entre los distintos países que la componen se estrechan, y no sólo por la existencia del imperio multinacional de Carlos V desde 1519 hasta 1556, sino fundamentalmente por la circulación intensa de hombres, ideas, estilos, mercancías y monedas; del norte a sur y de oeste a este.

Intercambios de hombres, ideas y estilos

Los humanistas intercambiaron ideas no solamente por cartas; además, viajaron y mucho, si tenemos en cuenta las dificultades de los tiempos. Erasmo de Róterdam (1469-1536), secretario del arzobispo de Cambrai, estuvo en París, luego fue a Inglaterra, acogido por Tomás Moro y John Colet, y después a Italia donde, de 1506 a 1509, estuvo en Roma, Florencia, Padua y Venecia.

Le invitaron a viajar a España pero, ya cansado, tuvo miedo al viaje y al final de su vida ya no salió de Basilea, donde murió en 1536. El valenciano Luis Vives (1492-1540) dejó su ciudad para ir a Flandes, donde se encontró con el humanista y pintor de Nuremberg Alberto Durero en los años 1520-1521, pero Durero ya había hecho con anterioridad dos viajes a Italia (1494-1495 y 1505-1507).

Evidentemente, la difusión de la imprenta permitió una importantísima circulación de libros con casi absoluta libertad hasta mediados del siglo XVI, época en la que se organizaron los primeros servicios de censura y se redactaron los primeros índices expurgatorios. Ciudades como Nuremberg, Basilea, Venecia, Lyon o Amberes se convirtieron en focos de producción y exportación masiva de libros, y su comercio conoció un excepcional desarrollo especialmente en las ciudades universitarias.

Los estudiantes de entonces, por lo menos los más curiosos, solían desarrollar sus cursos en varias universidades, no solamente de su país, sino también extranjeras, aprovechando, el hecho de que la enseñanza se daba en un idioma único, el latín, y que los textos de trabajo eran también latinos. Algunas universidades gozaban de fama internacional y atraían a estudiantes de toda Europa: en Italia, Bolonia, Padua y Pavía; en Francia, París, Montpellier y Tolosa; en España, Salamanca y Alcalá de Henares; en Portugal, Coimbra; en los Países Bajos, Lovaina; en Inglaterra, Oxford y Cambridge; en Alemania, Heidelberg y Erfurt; en Polonia, Cracovia.

Aún más impresionante fue el intercambio de artistas a través de toda Europa, favorecido por las llamadas de los príncipes o los grandes señores a artistas ya conocidos o famosos a quienes querían confiar encargos de importancia. Pero también viajaron artistas desconocidos, atraídos por la esperanza de mejorar su arte, profundizar sus conocimientos y encontrar encargos en los países más ricos.

Aprovechando sus adelantos técnicos y estilísticos, los artistas italianos y flamencos se desplazaron a otros países, mientras que un sinnúmero de artistas viajó a Italia para estudiar o mejorar su técnica. Ya nos referimos a alemán Alberto Durero, uno de los mejores pintores y grabadores de su tiempo, que pasó por el laboratorio italiano. Lo mismo podemos decir de la familia castellana de los Berruguete (Pedro el padre, y su hijo Alonso, especialmente). Y encontramos en Italia otros muchos españoles en el mismo período: el pintor cordobés Pablo de Céspedes; el arquitecto toledano Pedro Machuca; el escultor andaluz Gaspar Becerra; el pintor valenciano Vicente Masif. El francés Bouquet y los flamencos Roger Van der Weyden y Pieter Brueghel hicieron también su viaje a Italia.

Muchas familias de artistas flamencos o alemanes (pintores, grabadores, escultores, plateros) se fueron a la península Ibérica, donde se quedaron y se hicieron españoles: los Siloe, los Arfe, los Egas. Y también franceses, como el escultor Felipe de Bigarny, desconocido al principio, pero que alcanzó un nivel excepcional.

Artistas italianos famosos, como los Leoni, fueron también llamados por el emperador Francisco I, quien no ahorró esfuerzos para que fueran a Francia, a trabajar en la corte y en los castillos del valle de Loira, otros artistas ilustres, como Benvenuto Cellini, El Parmigiano, Primaticci, el florentino Rosso, Niccolò dell'Abbate y, sobre todo, Leonardo de Vinci, que viajó al castillo de Amboise con la promesa de una pensión excepcional. Otro escultor florentino, Torrigiano, fue llamado a Inglaterra, así como, poco tiempo después, el pintor alemán Hans Holbein, que se convirtió en pintor oficial de la corte de Enrique VIII. Este intercambio aceleró la adopción de los modelos italianos en otros países, como veremos luego.

El floreciente mercado europeo

Pero no viajaban sólo los hombres, y con ellos las ideas y las formas artísticas. También el dinero y las mercancías. Aunque sólo el 1% de la producción europea participaba en el comercio internacional, este 1% era fundamental porque se trataba de los productos que alimentaban los intercambios comerciales (oro y plata, perlas, pimienta, drogas, trigo, vino, aceite, paños y sedas, alumbre, etc.), los productos que permitían especulaciones, aprovechando los cambios, las penurias y las enormes diferencias de precios entre unos lugares y otros y entre unas épocas y otras. Así se descubre una Europa de los banqueros, los armadores, los mercaderes, los cambistas; la auténtica internacional del comercio del dinero que juega con las fronteras y las aduanas. Los descubrimientos geográficos de fines de siglo XV, la llegada de nuevos géneros y la revolución de los precios del siglo XVI favorecieron las especulaciones de este influyente grupo internacional.

El Renacimiento coincide con una ampliación impresionante de los mercados, no sólo por la intervención del mundo atlántico y de las Indias Orientales, y luego Occidentales, en el paisaje económico, y sino porque las diferencias descomunales entre los precios justificaban rutas nuevas. Cuando, al principio del siglo XVI, el trigo costaba siete veces menos en Polonia que en Valencia o Génova, merecía la pena organizar la exportación de trigo desde Danzig hacia el levante español o la costa genovesa. Cuando en los Países Bajos la relación oro-plata alcanzaba 13 a 1, mientras que en Italia no superaba el 10,75 a 1, resultaba provechoso favorecer el traslado de la plata hacia el sur y del oro hacia el norte, como ocurrió en los 1470-1480. Estos tipos de intercambios producían ganancias fuera de serie. De tal modo que la época del Renacimiento fue excepcionalmente favorable para el desarrollo del capitalismo comercial y financiero.

Los banqueros

Emergió un grupo de hombres de negocios fabulosamente ricos cuyo poder hizo tambalear al de los reyes ¿Quién sino Jakob Fugger el Rico adelantó los cuantiosos caudales necesarios para pagar la campaña electoral de Carlos I de España antes de la elección imperial de 1519 en Alemania y convenció a los príncipes? ¡Aportaron 540.000 florines de los 850.000 precisos para ganarse los votos de los electores! Así se pudo hablar del siglo de los Fugger. Se trataba más de familias o dinastías que de individuos. Entre los más famosos

podemos nombrar a los citados Fugger y a los Welser de la ciudad alemán de ausburgo, a la empresa Schetz de Amberes y a muchas casas italianas. Si los Médicis ya habían dejado los negocios para hacerse con el poder político, quedaban los Bonvisi de Luca, que controlaban buena parte de los bancos de Lyon; los Affaitadi de Cremona; los Grimaldi, Centurione, Lomelin, todos de Génova; los Datini de Prato, no tan ilustres pero que dejaron un archivo de inmenso interés para la historia económica. Entre otras empresa alemanas de categoría, aparecieron los Paumgartner y los Hochstetter. En Castilla, los Malvenda, Agüero o Polanco de Burgos, así como los Ruiz de Medina del Campo, que realizaron cuantiosos préstamos a la corona española durante el siglo XVI.

Los fugger reinaron sobre la hacienda europea durante aproximadamente un siglo, desde 1450 hasta la gran quiebra de Felipe II en 1557, en la que perdieron mucho dinero aunque no se arruinaron. Sucesivamente Jakob el Viejo, Ulrich, Jakob el Rico, Antón y Marx Fugger llevaron el mando de la empresa con la colaboración de sus hijos, sobrinos o primos. En 1546, la fortuna de los Fugger fue evaluada en unos 4,700.000 florines, cantidad fabulosa. Pensemos en que la de simón Ruiz, uno de los mercaderes más ricos de su tiempo, era veinte veces inferior medio siglo después. Sin embargo, la fortuna de los Fugger era colectiva y sería preciso dividirla entre los miembros de la familia para observar las cosas con más objetividad.

Estas empresas no eran nacionales, sino internacionales, con varias sucursales, representantes o <<factores>> situados en lugares estratégicos del comercio internacional.

La implantación territorial de algunas de estas grandes sociedades resulta impresionante, como la de los Balzares, presentes en Alemania, Italia, Suiza, Francia, España, Portugal y, evidentemente, en Amberes. La estructura de unas y otras podía ser diferente: algunas sociedades tenían sucursales casi autónomas libres en sus iniciativas; otras, como los Schetz, estaban mucho más centralizadas, y los distintos factores no eran más que empleados asalariados (eso sí, ¡con buen sueldo!) de la empresa. Simón Ruiz, por ejemplo, tenían factores o representantes en Sevilla, Lisboa, Florencia, Amberes y Ruán, más un hermano en Nantes.

Conscientes de la fluidez del comercio internacional y de los cambios de coyuntura, estos hombres de negocios no se especializaba, sino que, al contrario, se metían en asuntos de todas clases: los Fugger se dedicaban al comercio del dinero; tenían minas de plata en el Tirol y de cobre en Hungría; vendían estos metales en Amberes, donde compraban especias que distribuían en Alemania; adquirían otras especias en Venecia, pagándolas con ceras de Oriente; en Danzig dominaban el tráfico del cobre; pero también tenían sus fábricas de paños, especialmente de fustanes, y, hoy día, se puede visitar en Augsburgo el barrio del Fuggerei, es decir, el conjunto de casas obreras que los Fugger hicieron edificar para sus trabajadores.

Los Schetz de Amberes dedicaban una parte importante de sus actividades a los metales y tenían intereses en Alemania y en Suecia, pero también poseían

fábricas y estaban metidos en intercambios de especias y alumbres; incluso tenían una *facenda* azucarera y un *engenho* de azúcar en Brasil. Esta tendencia de las mayores sociedades a diversificar sus actividades y a darles una estructura internacional, más allá de las fronteras de los Estados, es característica del capitalismo moderno, pero no es en absoluto una peculiaridad de nuestros tiempos. Los banqueros renacentistas ya habían pensado en ello.

Por otra parte, se constituyó toda una red internacional de ferias de cambio. En ellas se compraban mercaderías, pero el mayor comercio era el del dinero combinado con el crédito. Se giraban o libraban *letras de cambio* de feria en feria, con una tasa de interés que oscilaba según la <<largueza>> o la <<estrechez>> del mercado y de las plazas consideradas. Los cuatro pilares del sistema fueron Amberes, Lyon, Génova y Castilla con el siguiente calendario:

Amberes	Lyon	Castilla	Génova
Natividad	Reyes	Enero	1º Enero
Resurrección	Quasimodo	Mayo	1º Mayo
Junio	Agosto	Agosto	1º Agosto
Septiembre	Todos los Santos	Octubre	1º Noviembre

Estas fechas no se respetaban con rigor absoluto, pero el sistema funcionaba con eficacia, sobre todo el crédito a corto plazo. Se podía perfectamente girar en la feria de Natividad, en Amberes, una letra de cambio sobre la feria de Quasimodo, en Lyon, que se podía volver a girar sobre la de agosto, en Génova, por ejemplo. Durante las ferias, los hombres de negocios empezaban por fijar las tasas de cambio (es decir, la equivalencia) según las monedas; luego, se establecía el balance, la *compensación* entre los distintos negocios realizados, y sólo se pagaban en metálico las diferencias, lo que ahorraba muchos transportes de dinero. Pero se podían girar letras de cambio sobre muchas plazas que no aparecen en este calendario: Burgos, Sevilla, Barcelona, Nuremberg, París, Ruán, Augsburgo, Colonia, Londres... Europa era sin duda una entidad económica.

El dinero ganado por los capitalistas tuvo un papel nada desdeñable en el florecimiento renacentista, puesto que los hombres de negocios ejercieron su mecenazgo. Hicieron construir capillas, colegios y hospitales; encargaron retablos, trípticos, tallas, pinturas, platería, etc. Sin embargo, no olvidemos que las estructuras políticas, económicas y sociales hacían de la renta de la tierra la mayor fuente de dinero. El diezmo, que constituía el recurso esencial de la Iglesia, procedía de la tierra, y esta institución poseía dominios territoriales de mucha importancia que le proporcionaban una renta sustancial. También la nobleza obtenía la mayor parte de su renta de los distintos impuestos pagados por sus arrendatarios, aparceros, parcelarios, etc. Incluso los Príncipes y los Estados constituían su hacienda con impuestos que en su mayor parte, directa o indirectamente, procedían de la renta de la tierra. En la Edad Media pasaba lo mismo, pero el auge del capitalismo internacional constituye un fenómeno específicamente renacentista, aunque no totalmente nuevo.

Otro mercado internacional: la recluta de soldados

Aparte de los jenízaros, que constituían el núcleo del ejército turco, y otras pocas unidades, como los tercios españoles, no existían en la Europa de entonces ejércitos profesionales permanentes. Los Estados no disponían de los recursos necesarios para conservar y pagar en épocas de paz a ejércitos numerosos; de modo que en tiempo de guerra había que reclutar con rapidez a mercenarios de cualquier procedencia. Los mercados más cotizados eran Alemania (que carecía de Estado nacional), Italia (con la misma característica), Suiza (después de que los cantones hubieran concluido los tratados de paz perpetua, dejando a sus soldados sin empleo) y Valonia (parte de la actual Bélgica). Pero se podían reclutar donde fuera. Así, en las guerras de Italia, a finales del siglo XV, el ejército francés de Carlos VIII comprendía un regimiento de arqueros escoceses. Cuando el rey de Portugal, don Sebastián, quiso conquistar Marruecos en 1578, llevó consigo, además de las tropas portuguesas, a reclutas españoles, italianos y franceses.

El ejército francés contrató a muchos suizos y alemanes: en 1543, se contaban 19.000 soldados suizos en el reino de Francia; en 1552, en el ejército que fue contra Estrasburgo, había hasta 13.500 lanceros alemanes sobre un total de 37.000 soldados.

El ejército español contrató a tantos alemanes como el francés, y entre las tropas imperiales responsables del saqueo de Roma en 1527 había muchos lanceros alemanes; ¡y, por si fuera poco, luteranos, que lo pasaron estupendamente! Más el número de valones no cesó de aumentar en ejército español, llegando a formar la tercera parte de la tropa de Requesens en 1573 cuando éste era gobernador de los Países Bajos; pero los alemanes eran todavía más numerosos: 25.800, es decir, más del 40%. Incluso el ejército otomano tuvo que emplear en varias oportunidades a mercenarios, entre ellos a renegados cristianos (los famosos jenízaros eran prisioneros convertidos al Islam). Las armadas venecianas no pudieron encontrar un número suficiente de voluntarios y hubieron de reclutar a galeotes mercenarios, poniendo en los bancos a remeros condenados. En fin, los pequeños Estados de Italia y Alemania no tenían otro remedio que recurrir a contratar los servicios de soldados mercenarios cuando entraban en guerra con los príncipes o Estados vecinos.

Así, tenemos definida y retratada la situación de Europa en el siglo del Renacimiento, 1460-1560. Explosión demográfica, nuevos ideales propagados por las nuevas técnicas de la imprenta, circulación intensa de hombres e ideas, dimensiones internacionales de la economía estimulada por un capitalismo agresivo, tales son a nuestros entender los elementos decisivos que acompañan el florecimiento del Renacimiento. Queda ahora por analizar este florecimiento, dando prioridad, como es lógico, a los focos más brillantes (Italia, primero, y luego, los Países Bajos), antes de estudiar la difusión del fenómeno.

4. Los principales focos del Renacimiento: las ciudades italianas

Florencia

La primacía italiana no se discute. Pero dentro de la península Itálica corresponde a Florencia la iniciativa intelectual y artística, ya en la primera mitad del siglo XV: Brunelleschi (1377-1446) en la arquitectura, Masaccio (1401-1428) en la pintura y Donatello (1386-1446) en la escultura.

Brunelleschi, después de acabar el Duomo de Florencia con una solución nueva, introdujo en varios monumentos (San Lorenzo, Capilla Pazzi) los elementos claves del nuevo estilo arquitectónico: columnas, cúpulas, cornisas, frisos, etc., buscando, mediante un cálculo minucioso de las proporciones, una estructura racional. El segundo, a pesar de lo breve de su vida, inventó un nuevo espacio pictórico, basado en las reglas de la perspectiva. El tercero dio a la escultura la ambición de la fuerza y el deseo de expresar la dignidad humana, demostrando al mismo tiempo que se podía usar cualquier material.

Después de ellos, Florencia, favorecida por el mecenazgo de los Médicis, especialmente bajo Lorenzo el *Magnífico* (1448-1492), aparece como la capital del Renacimiento, que ya contaba con sus teóricos: Leone-Battista Alberti (1404-1472) publica tratados de pintura, escultura y arquitectura, mientras, un poco después Marsilio Ficino lograba la síntesis de Humanismo cristiano. Una multitud de artistas de primera categoría da al arte florentino un extraordinario esplendor. Los escultores pueden orientarse hacia la finura, la pureza de las formas (De la Robbia) o la fuerza muscular (Verrochio). Los arquitectos (Sangallo, Michelozzo) desarrollan las fórmulas técnicas de Brunelleschi y Alberti. Los pintores explotan el campo abierto por la introducción de la *perspectiva*, especialmente con Paolo Uccello y Andrea del Castagno, pero también muestran la influencia de la idealización de los modelos con Filippo Lippi, Ghirlandaio y, más aún, con Botticelli (1445-1510).

Leonardo de Vinci (1452-1519) encarna las inquietudes, las aspiraciones y el genio de la Florencia renacentista, aunque terminará su carrera a orillas del Loira. A la vez pintor, escultor, matemático, alquimista e ingeniero, logra una sorprendente fusión de arte y ciencia, sin cesar de experimentar en toda su vida. Algunas de sus obras acabaron víctimas de esta búsqueda permanente, como la famosa *Cena* del Convento de Santa María de la Merced en Milán, cuyos colores experimentales no aguantaron el paso de los siglos. Verdadero artista humanista, buscaba debajo de las formas y las apariencias, una realidad intelectual superior, especialmente en la figura humana, lo que explica el papel esencial de la sonrisa en su obra: la *Gioconda*, *San Juan Bautista*, *Santa Ana* y *la Virgen*.

Florencia se había transformado en otra ciudad cubierta de monumentos nuevos: iglesias y palacios, que además, se llenaban de obras de arte como lo atestigua hoy día una visita a la galería de los Uffizi, museo florentino que se cuenta entre los mejores de Europa.

Roma

Hacia 1500, Roma arrebató la primacía cultural a Florencia. Y es que los papas de la época, Alejandro VI Borja, Julio II, León X, eran más príncipes renacentistas que pastores de almas.

No se conformaban con la capitalidad religiosa del mundo cristiano; querían hacer de Roma la capital artística de Europa, atraer a los artistas más famosos y edificar los monumentos más prestigiosos. En efecto, a principios del siglo XVI, después de los arquitectos Bramante y Sansovino, Julio II consiguió que Miguel Ángel (1475-1564) y Rafael Sanzio (1483-1520) fijaran su residencia en Roma; el primero en 1520 y el segundo en 1508.

Todos estos artistas y algunos más colaboraron para transformar la ciudad de los Papas cuya metamorfosis se acabaría más tarde, en el siglo XVII, con la plaza de San Pedro y la columnata de Bernini. Pero mientras se construía lentamente la nueva catedral de San Pedro, con arquitectos sucesivos (Bramante, Rafael, Sangallo, Miguel Ángel) y variaciones en los planos, llegaban a su término algunas obras maestras de la escultura y de la pintura: el *Baco borracho* y la *Piedad* (1501) de Miguel Ángel; el ciclo de la *Cámara de la Firme* (1509-1512), donde Rafael dedica su talento a trascender en imágenes el mensaje de Humanismo: la *Escuela de Atenas* y la *Adoración del Santo Sacramento* sugieren la continuidad, el enlace entre la ciencia antigua y la revelación cristiana. En el mismo momento, Miguel Ángel decoraba el techo de la Capilla Sixtina, resumiendo la historia de la humanidad desde la Creación del mundo hasta la *Redención* para llegar al colofón con su prodigioso *Juicio Final* (1536-1541). Pero el saqueo de Roma, en 1527, había interrumpido durante un decenio el sueño de la Ciudad Eterna.

Venecia

Mientras tanto, Venecia vivía su propio Renacimiento. La ciudad de la laguna, al amparo de una estabilidad política excepcional, indiferente a las revoluciones florentinas y a la tragedia romana, conoció una evolución distinta, más equilibrada, sin rupturas, donde casi siempre la teoría se escondía detrás de la aspiración a la armonía y a la belleza.

A finales del siglo XV, era una ciudad esencialmente gótica, aunque con una concepción muy decorativa de este estilo. Tras la llegada del escultor y arquitecto Sansovino (1527), que adaptó los esquemas florentinos y romanos a la tradición veneciana, se impuso con el nuevo estilo con sus soluciones clásicas, las mismas que desarrolló en su *Librería de la Piazzetta* (Plaza de San Marcos) frente al palacio de los Dux. Y lentamente estas nuevas soluciones penetraron en la ciudad, transformando las fachadas de las iglesias en los *campi* y los *campeilli* venecianos.

Quizá las más bellas expresiones del clasicismo veneciano fueron la fachada palladiana de San Jorge, que se ve en la laguna y en la tierra firme, y algunas maravillosas casas de placer concebidas y edificadas por el mismo Palladio

para la aristocracia veneciana: la villa Barbaro en Maser, la Malcontenta y la Rotonda, cerca de Vicenza.

La pintura seguía una trayectoria autónoma, asimilando perfectamente las nuevas técnicas y el nuevo espacio pictórico, pero conservando la plenitud de las formas y la magia del color específico de Venecia. Vittore Carpaccio (1456-1526) tenía una visión de las líneas y de la perspectiva fuera de serie, según podemos apreciar en la *Natividad de la Virgen* (ciclo de los albaneses) o en *San Jerónimo y el león* (ciclo de San Jorge); también lo vemos al tanto de las preocupaciones científicas en la *Visión de San Agustín* (ciclo de San Jorge), pero es en el *Milagro de la Santa Cruz* donde resplandecen el juego de los volúmenes y el brillo de los colores. Pues bien, estos rasgos fundamentales los vamos a encontrar en la pintura de Giovanni Bellini, con una preocupación mística; en Ticiano, con una sensualidad más afirmada; en Giorgione, con más patetismo, pero sin rupturas. La longevidad excepcional de Ticiano (1489-1578) y su inmensa capacidad productiva hacen que su obra exprese todas las facetas de la pintura veneciana antes del Barroco.

La riqueza económica de Italia

Pensando que Italia contó en esta época con otros focos artísticos brillantes (Milán, Génova, Ferrara, Mantua, Siena, Urbino, Parma, Perugia, Nápoles), se plantea inmediatamente un problema básico. ¿Cómo se explica tanta profusión? ¿Cómo fue posible sustentar a tantos arquitectos, escultores, pintores, y financiar la edificación de iglesias, palacios, fuentes, casas consistoriales? El caso de Roma es fácil de entenderse puesto que los papas recibieron contribuciones sustanciales de todo el mundo cristiano. Pero ¿cómo explicar los de Florencia, Venecia y las demás ciudades italianas que brillaron durante el Renacimiento?

No hay misterio. Italia era en conjunto el país más rico de Europa, con variantes y matices. Dentro de Italia el pequeño estado veneciano alcanzó en este tiempo una riqueza impresionante. Intentando medir los presupuestos de los estados europeos y la riqueza de los distintos pueblos, gracias a la evaluación de la renta nacional, el historiador Fernand Braudel no tuvo dificultad en demostrar la superioridad indiscutible de Venecia. Si fuera posible aplicar el concepto actual de renta *per capita* a los contemporáneos del Renacimiento, no cabe duda que los ciudadanos de la república de Venecia resultarían muy aventajados con respecto a los demás. Pero, según los criterios de la época, los habitantes del Ducado de Milán y de la República de Florencia también eran gente rica. Incluso el proletariado veneciano, es decir, unas 40.000 personas, tenía un nivel de vida muy superior al promedio francés, alemán o inglés. <<Relativamente, los salarios son altos en Venecia>>, escribe Braudel. Por eso los mercaderes venecianos quisieron hacer los paños en Flandes o Inglaterra para aprovechar una mano de obra más barata.

La riqueza de Italia no se explica por una agricultura superior, a pesar de la variedad de la producción: además de los cereales, de la vid, y de los olivares, moreras y sedas de Calabria y Sicilia, caña de azúcar de las mismas regiones,

arroz de las llanuras paduanas, jardines de Campania. La riqueza procedía de los avances en el comercio y en la industria.

Florenia tenía una industria textil puntera, con paños de lana y sedas de primerísima calidad. A mediados del siglo XVI, Florenia producía anualmente unas 20.000 piezas de paño (de aproximadamente 38 metros cada una), un poco más que Bérgamo (en el Ducado de Milán), o Venecia. Pero Milán, Mantua, Piacenza, Cremona y Como también producían paños. Génova, Milán y Florenia enviaban hasta Alemania sus terciopelos. En Nápoles, el arte de la seda experimentó un desarrollo impresionante. Milán y Brescia eran famosas por sus fábricas de armamentos: corazas, yelmos, espadas, lanzas y, más tarde, arcabuces, bombardas, etc. Venecia, que, según Braudel, sería la primera potencia industrial de la época, tenía además las fábricas de vidrio de Murano y otras de azúcar y jabón; y como colofón, el gigantesco Arsenal, en el que la ciudad de los canales construía y reparaba sus galeras; sin duda el mayor taller de Europa, con unos 3.000 obreros llamados cada día por la Marangona, la gran campana de San Marcos.

El comercio y la banca tuvieron probablemente mayor participación que la industria en la riqueza de Italia. Génova y Venecia eran las dos primeras potencias comerciales del Mediterráneo cristiano, aprovechando además el declive provisional de Barcelona. Poco a poco Génova se orientó de una forma más exclusiva hacia la banca. Pero Venecia, a pesar de la caída de sus beneficios sobre la pimienta y otras especias durante un cuarto de siglo (a raíz de la vía directa establecida por Vasco de Gama entre Portugal y las Indias), siguió obteniendo inmensas riquezas del comercio marítimo. No olvidemos que cada *galera di mercato* (buque de carga) de Venecia tenía una capacidad de carga equivalente a un tren actual de mercancías de 50 vagones. El imperio colonial edificado por Venecia, como Corfú, Chipre, Creta y otras factorías, así como las relaciones mantenidas con el norte de África y el Imperio Otomano favorecían la pujanza de este comercio.

Génova, Florenia, Luca e incluso Roma, con los banqueros de la familia Chigi, ostentaban el liderazgo europeo, aunque tenían que compartirlo con los banqueros de Alemania del Sur: Fugger, Balzares, etc. Los genoveses practicaron una política inteligente de préstamos a los monarcas europeos e inversión capitalista en tierras y arrendamientos reales, especialmente en Nápoles y en Sicilia; y a partir de 1527, consolidaron sus posiciones dentro del imperio español, incluso en América. El comercio genovés fue cambiando progresivamente de orientación, desistiendo del tráfico con el Próximo Oriente en favor de Occidente y España. En 1516, los productos que procedían de los depósitos de Quíos, punto de reunión del comercio oriental, constituían todavía el 30% de las entradas en puerto de Génova; pero en 1547, se habían reducido al 5%, mientras que los productos de España representaban el 43%.

La casa de los Bonvisi en Luca, llegó a ser la primera empresa bancaria de Lyon, con sucursales importantes en Amberes y Londres. Lo cierto es que los italianos habían sido los inventores es que los italianos habían sido los inventores de las nuevas técnicas mercantiles (letra de cambio, giro, contabilidad por partida doble y, un poco más tarde, endoso) y que las

dominaban perfectamente, de modo que hasta 1560, por lo menos, controlaron la red internacional de ferias de cambio a las que antes hicimos referencia. Sin las riquezas producidas por la industria, el comercio y la banca (sacadas en parte de la producción de otros países), y sin las contribuciones pagadas al Papado por el mundo cristiano, el Renacimiento italiano no hubiera logrado tanto esplendor ni podría haber hecho encargos a tantos artistas.

La promoción de los artistas

El renacimiento logró la promoción social de los artistas y los hizo salir del anonimato para darles fama y gloria, ¡Pensemos en la oscuridad en que sigue envuelta la figura de un artista tan prodigioso como el Maestro Mateo, que esculpió el Pórtico de la Gloria en Santiago! Pues bien, hacia 1450, artistas, pintores, escultores, grabadores o plateros gozaban de poca consideración porque su oficio era un *arte mecánico* que se hacía con las manos, originalmente tarea de esclavos, y a las artes mecánicas se oponían las *artes liberales*, propias de los intelectuales, actividades nobles y alabadas. Es significativo que en 1450 el humanista y erudito italiano Lorenzo Valla excluyera de la lista de las artes liberales a pintores y escultores.

Sin embargo, aprovechando el hecho de que las matemáticas eran un arte liberal, los pintores y los escultores se empeñaron en demostrar que su trabajo se fundamentaba ineludiblemente en recursos matemáticos, lo que ya se admitía para la arquitectura. Insistieron especialmente en los cálculos que debían hacer para conseguir la perspectiva, necesaria, para traspasar la imitación simple del mundo natural. Leonardo de Vinci, entre otros, utilizó tal argumento, añadiendo que, en la pintura o en la escultura, la mano no hacía más que ejecutar las creaciones del espíritu, de la imaginación, igual que en la poesía arte liberal indiscutible.

Este esfuerzo consiguió sus objetivos allá por los años 1500. Los humanistas admitieron entonces la pintura y la escultura entre las artes liberales, como podemos ver en el libro primero de *El Cortesano*, de Baltasar de Castiglione. Evidentemente, toda esta controversia se refiere a la idea indiscutida en la época de la superioridad de los intelectuales. La argumentación de los artistas del Renacimiento planteaba la noción de *Bellas Artes*, y la fundaciones de Academias para enseñarlas, después de 1560, sería el resultado de este proceso. La gloria y la riqueza alcanzadas por ciertos artistas suponen los aspectos social y económico de su cambio de condición. Pasaron de artesanos a artistas, de <<plebeyos>> a <<nobles>>.

5. Los Países Bajos y Francia

No es una coincidencia fortuita que el segundo foco del Renacimiento fueran los Países Bajos, es decir, la otra región más rica de Europa. Las provincias de Flandes, Brabante, Holanda, Zelanda, etc., que constituían la parte esencial del Ducado de Borgoña, eran un país relativamente pequeño, aunque densamente poblado, con unos tres millones de habitantes hacia 1520, es decir, la mitad

que España o la cuarta parte que Italia (que llegaba casi a doce), pero tantos como Inglaterra, despoblada por la Guerra de las Dos Rosas.

En estas provincias se practica la agricultura más desarrollada de Europa: rotación complejo de cultivos, desaparición casi absoluta del barbecho, utilización de forrajes variados (alfalfa, trébol, nabo), cultivos industriales (lino, cáñamo, lúpulo), fuerte expansión de la ganadería vacuna y conquista de terrenos al mar mediante el uso de una hidráulica sofisticada. Esta agricultura permitía una alimentación más variada y equilibrada que en otros países, con consumo de carne y productos lácteos, sin olvidar el pescado (arenques, bacalao, etc.), que se recogía mediante artes de pesca capaces de facilitar abundantes capturas.

Los Países Bajos desarrollaron también una industria precoz; ciudades como Gante y Brujas eran ya en la Edad Media grandes productoras de paños de excelente calidad, transformando lana inglesa. Cuando los ingleses retuvieron su lana y crearon su propia pañería, tras una crisis profunda debida a la negativa de los gremios de Gante y Brujas a modificar sus reglamentos y sacrificar sus privilegios, se desarrolló una nueva pañería en tierras flamencas, alrededor de Lila, Hondoschoote, Bailleul y Armentieres, utilizando lana española, que producía unos tejidos más ligeros y más baratos.

También los Países Bajos tenían industrias de lujo, tales como la tapicería (Bruselas), la platería, los muebles y, sobre todo en Amberes, la transformación de materias primas, minerales o vegetales, que recibía a través del puerto. La región de Lieja, que ya explotaba carbón mineral, era un centro importante de metalurgia y de fábricas de armas y explosivos. En fin, la situación geográfica de los Países Bajos, entre Inglaterra, Francia, y Alemania, favorecía el desarrollo comercial, y la plaza de Amberes compartía con Venecia el liderazgo comercial de Europa, entre 1520 y 1565. Los Países Bajos aprovecharon la llegada de la plata que Carlos V gastaba en norte de Europa para mantener su política imperial, pero también padecieron un fuerte nivel de impuestos por parte del mismo emperador.

Aunque los flamencos conocían el florecimiento del Renacimiento en Italia, en los Países Bajos se desarrolló de forma autónoma, por lo menos al principio. La arquitectura siguió fiel al estilo gótico, rico pero sobrecargado; las iglesias de Malinas y Amberes se acabaron conforme a los modelos anteriores; y tampoco surgieron novedades en la escultura y la tapicería. Pero en la pintura las cosas fueron distintas.

Los hermanos Van Eyck, Jean y Hubert, no rompieron con el minucioso realismo de la Baja Edad Media. Pero su dominio técnico y su maestría en el uso de nuevos óleos, sacados de semillas de lino y de nueces, les permitió introducir en su pintura una luz casi sobrenatural y, al mismo tiempo, dar una profundidad extraordinaria al paisaje y a los horizontes, manera suya de interpretar la perspectiva. En esta vía trabajaron los mejores artistas flamencos de la segunda mitad del siglo XV y del siglo XVI: Roger Van der Weyden, muerto en 1464, después de viajar a Italia; Memling, nacido probablemente en Alemania, que trabajó en Bruselas antes de afincarse en Brujas en 1476, donde permaneció hasta su muerte en 1494, realizando obras de un fervor

místico muy conmovedor; Jerónimo Bosch, *el Bosco* (1450-1516), con técnica moderna pero visión del mundo inspirada por las angustias de la última Edad Media, especialmente su interpretación de la muerte; Quentin Metsys (1465-1530), discípulo de Memling, muy influido por su cultura humanista, también abierto a las influencias italianas; Pieter Brueghel, *el Viejo* (1525-1569), cuya fuerza expresiva desarrolla a la vez el gusto renacentista por la belleza y la riqueza, la conciencia de los conflictos de la época (*Carnaval y Cuaresma*) y el fervor religioso.

En general, los artistas flamencos logran combinar la maestría, el amor a la vida, a la afición a los bienes materiales (paños, tapices, comidas, bebidas) y la fe tradicional. El individualismo inquieto de los artistas italianos penetra con dificultad en su mentalidad, a pesar del éxito evidente del Humanismo en los Países Bajos y del avance de la alfabetización, incluso la de las mujeres. Pero los disturbios nacidos de la Reforma y la irrupción de la guerra después de la crisis de 1566 quebrantaron la serenidad de los artistas flamencos, como ya lo demuestra la obra de Pieter Brueghel, *el Viejo*.

El caso Francés: el valle del Loira y los otros focos renacentistas

Francia fue tal vez el discípulo más fiel del Renacimiento italiano, aunque con rasgos peculiares. Hasta los años 1520 se mantuvo la tradición arquitectónica nacional de cuño gótico, produciendo obras como la iglesia de San Gervasio en París, el Palacio de Justicia de Ruán y el Castillo de Josselin en las que, sin embargo, ya aparecen algunos detalles decorativos de la fachada inspirados en el Renacimiento italiano, tales como ventanas cuadradas, pilastras, frisos, cajones y nichos. En el Castillo de Blois, por ejemplo, las alas de Luis XIII (1503) y de Francisco I (1524) guardan la estructura asimétrica de la tradición francesa y modelos propios como la torre de escalera. La pintura, con Jean Bouquet, artista de primera fila, también resistió al contagio italiano.

El protagonismo del Valle de Loira en el Renacimiento francés se explica muy bien por el hecho que en esta época la Corte y la sede del gobierno no estaban asentadas en París. Luis XII y Francisco I residieron mucho tiempo en Blois y Amboise, y por eso reconstruyeron estos dos castillos según el nuevo gusto. Por la misma razón se celebraron en la zona (especialmente en Blois), sesiones de los *Etats Généraux* (una asamblea parecida a las Cortes) y la gran sala del castillo de Blois se llama <<sala de los Estados>>. En la misma región Enrique II hizo construir en 1552 el maravilloso castillo de Anet para su favorita, Diana de Poitiers (por meso lleva la figura de Diana en el pórtico). Pero también los cortesanos hicieron construir castillos en el valle: así Azay-le-Rideau, en 1520, para el secretario Gilles Berthelot; Chenonceaux para Tomás Bohier, general de hacienda o Chaumont-sur-Loire, para el mariscal de Chaumont.

La intervención de la monarquía fue decisiva. Disponía de mejores recursos económicos que los individuos y contrataban a muchos artistas italianos, entre ellos a arquitectos como Doménico de Cortona y, sobre todo, Serlio, que ostentó desde 1541 el título de <<arquitecto ordinario del rey>>. Publicó en Francia un tratado de arquitectura y en Fontainebleau ya elaboró la nueva fórmula arquitectónica: *Chateau Neuf*, *Galerie Francois I*, planos del castillo de

Ancy-le-Franc, etc. Algunos monumentos destacados de esta época fueron ya fruto de un estilo mixto: varios castillos del Loira (Chambrod, Chenonceaux) y las Casas Consistoriales de París.

En los años 1550-1560 los franceses lograron una síntesis de la inspiración italiana y de los elementos nacionales. Nació el estilo clásico con Pierre Lescot (1515-1578) y Jean Bullant; los dos hicieron el viaje a Roma, compraron moldes de estatuas antiguas, de bronce, e impusieron el nuevo estilo de la simetría, el escalonamiento de los órdenes, el recorte de las fachadas por elementos horizontales y la repetición rítmica y regular de las pilastras en las mismas; se conservaban, sin embargo, los techos a la francesa y las chimeneas, ya sólo con una función decorativa.

Los escultores Jean Goujon (1510-1565) y Germain Pilon (1537-1590) importaban la influencia griega con las *Tres Gracias* y la *Fuente de los Inocentes*. La pintura combinaba la búsqueda flamenca de la luz con el manierismo italiano de la mano de Jean y François Clouet. En el sur de Francia, Aviñón había sido el punto de encuentro entre el arte de Italia y el de Borgoña. Nicolás Froment puso en sus retratos y en el famoso *Buisson Ardent* (1475) toda la violencia del Mediterráneo; su luz cruda y la dureza y la densidad de las formas que se volverían a imponer en la célebre *Piedad* de Aviñón.

La expansión renacentista en otros países

En Inglaterra, como ya vimos, el Humanismo tuvo mucha aceptación, pero no el arte renacentista. En arquitectura, el gótico perpendicular perduró durante gran parte de siglo XVI y sólo algunos elementos decorativos nuevos que adornaron el palacio de Hampton Court y, más tarde el de Longleat, cerca de Bath, en el oeste pueden considerarse obras del Renacimiento. La pintura inglesa casi no existía, y la influencia flamenca o alemana, con Antonio Moro y Hans Holbein, se apoderó del país. Únicamente la música isabelina tuvo un tono francamente renacentista.

En Alemania, mientras la arquitectura y la escultura se mantenían casi impermeable a las sugerencias italianas (como lo demuestran los impresionantes retablos de Veit Stoss, que expresan un fervor místico de sabor medieval) y mientras parte de los pintores (Grunewald, Hans Holbein *el Viejo*, Altdorfer) seguían expresando el espíritu germánico tradicional, Alberto Durero (1471-1528) se afirmaba como auténtico artista del Renacimiento. No se debe al azar que Durero fuese hijo de la ciudad de Nuremberg, foco humanista y científico de primera fila. El mismo llegó a hacer un maravilloso retrato de su amigo Willibald Pirckheimer, el humanista de Nuremberg. Realizó viajes a Italia y a los Países Bajos, con estancias largas. Conocedor de los grabados de Mantegna, logró reunir en su obra una intensa religiosidad, así como preocupaciones científicas (*Tratado de las proporciones*) y filosóficas de cuño neoplatónico y técnicas propias de la nueva era.

El Renacimiento tuvo buena aceptación en Polonia, aunque no tanto como el Humanismo. La ciudad de Cracovia fue el foco principal de nuevo gusto. En una primera fase, trabajaron artistas italianos, como en el palacio de Wavel,

reconstruido en 1499 con dos pisos, galerías, soportales y columnata de Francesco de Lora y, dentro del mismo palacio, la capilla de San Sigismundo. Pero en una segunda fase fueron artistas polacos los que dirigieron las obras: durante los años 1550, por ejemplo, Gabriel Slouski transformó las mansiones de los ricos mercaderes de Cracovia, adornándolas con patios cuadrados, galerías, columnas y grandes portadas rectangulares.

Hasta Rusia llegó también la marca del Renacimiento cuando Sofía Paleólogo, esposa de Iván III, llamó a los artistas italianos Fioravanti de Bolonia y Novi de Milán. Con ellos el Kremlin adquirió su aspecto definitivo, con cúpulas y campanarios de bulbos, adornados con frisos. La cámara del trono (1487-1491) y la capilla funeraria de los Zares (1505-1590) parecen casi palacios venecianos. No en vano ambas ciudades, Venecia y Moscú, recibieron el legado cultural de Bizancio.

6. La contradicción nacionalista

Vimos ya cómo la publicación casi simultánea de *El Príncipe* del florentino Maquiavelo (1513) y de la *Institutio principis cristiani* de Erasmo (1516) señaló una contradicción drástica entre el ideal político del Humanismo cristiano y la fría razón de estado.

Desafortunadamente para la felicidad de los hombres, la evolución política de Europa siguió muy de cerca al rumbo marcado por el escritor florentino. En efecto, el período que llamamos Renacimiento concluyó con la ruina de las esperanzas de unidad europea y el auge de nacionalismos agresivos que dieron pie a enfrentamientos bélicos. Pero también es cierto que la quiebra de la unidad religiosa tuvo mucha responsabilidad en los enfrentamientos políticos. Estos y otros factores que detallaremos a continuación favorecieron el desarrollo de los nacionalismos.

El factor religioso

Las Reformas dieron lugar en ciertos casos una identidad entre religión y nación. Este fue el caso de Inglaterra, donde el antipapismo cumplió el papel de levadura del sentimiento nacional. También el de los Países Bajos, primero con la rebelión de 1566 y, más tarde, en 1579, con la formación de la *Unión de Utrecht* contra España, junto a las provincias del norte, ya con población mayoritariamente calvinista. En España sucedió lo contrario, pues la unidad se forjó en torno al catolicismo, sobre todo después de finalizar el Concilio de Trento (1545-1563).

Por otra parte, los monarcas utilizaron la Iglesia y, a veces, sus bienes como instrumento de poder, pero con matices diferentes entre países protestantes y católicos.

En los países protestantes, el secuestro y la venta de los bienes del clero regular (monasterios y sus tierras) proporcionó importantes recursos a los príncipes y a sus haciendas. En Alemania, la conversión al luteranismo de

muchos príncipes (el gran maestro de la Orden Teutónica, Alberto de Hohenzollern, que se hizo duque de Prusia (1525); el landgrave Felipe de Hesse, el elector de Sajonia, etc.) les permitió salvarse de la quiebra financiera, enriquecerse y lograr la independencia de hecho, si no de derecho, con respecto al emperador. En 1527, las Dietas de Vasteras y Oldensee, respectivamente, proclamaron al luteranismo religión del Estado en Suecia y Dinamarca, proporcionando las mismas facilidades financieras a los reyes.

En Inglaterra, la riqueza conseguida por Enrique VIII con el secuestro de los bienes de los monasterios (370 en 1536 y 430 en los años siguientes) permitió al rey constituir su clientela política con una nobleza nueva, puesto que la antigua casi se extinguió durante la Guerra de las Dos Rosas.

Enrique VIII vendió tierras monásticas por unas 700.000 libras esterlinas, aunque solo cobró 320.000, y así, varias familias (Cavendish, Russel, Seymour, Dudley, Cecil, Hubert, etc.), enriquecidas por las mercedes reales, conquistaron el poder y sustituyeron progresivamente a las antiguas familias católicas (Percy, Neville, Dacre), que fueron aplastadas tras las rebeliones de 1536 y 1570.

Además, el rey de Inglaterra, siendo ya el jefe de la Iglesia (*Acta de Supremacía*, 1534), nombró él mismo a los 26 arzobispos ingleses y galeses que iban a ser agentes de la monarquía. Por eso los Tudor (y más tarde los Estuardo) se negaron siempre a las pretensiones de los disidentes (especialmente los puritanos) que querían suprimir el episcopado.

Aun permaneciendo católicos y fieles a Roma, los reyes de Francia y España (unidas ya las coronas de Castilla y Aragón con Isabel y Fernando) no tuvieron en este último aspecto una actitud muy distinta de la de Enrique VIII. Francisco I, por el Concordato de Bolonia (1516), y Carlos I de España (el emperador Carlos V), por el Patronato de 1523, consiguieron del Papa el derecho a elegir a los obispos, que recibían después la investidura espiritual del Papa. En vista de la influencia social y cultural de los obispos y de su poder económico, es lógico pensar que su nombramiento daba a los reyes posibilidades acrecentadas de acción política. El rey de Portugal, Juan III, consiguió los mismos derechos.

En el clima de intolerancia característico de la época, el cisma de la Cristiandad europea estimuló también los enfrentamientos nacionales. Y no olvidemos el choque multiseccular entre Cristiandad e Islamismo.

El factor lingüístico y el económico

Otro factor propicio al desarrollo del nacionalismo sería la identidad entre un pueblo y un idioma. Y precisamente en esta época asistimos a la emancipación de las lenguas nacionales. Aparecieron las primeras gramáticas, y ciertas obras literarias jugaron un papel importante en el prestigio de estas lenguas: *Los Lusíadas*, en el caso portugués; *La Celestina*, las novelas, de caballería, las obras de Guevara y *El Lazarillo de Tormes*, en el castellano; *La Defensa de Rebellais*, *Ilustración de la lengua francesa* (1549) de Joaquín du Bellay y la poesía del grupo de La Pleiade, en Francia; los poemas de Spenser y el teatro

de Marlowe (1564-1593), en Inglaterra; la traducción de la Biblia por Lutero, para fijar la lengua alemana; *La Jerusalén liberada* de Tasso, en Italia, etc.

Los usos y costumbres tuvieron también mucha importancia. En Inglaterra, por ejemplo, hasta principio del siglo XVI, el francés, lengua de los conquistadores normandos del siglo XI, era el idioma de las élites. Pero, durante el siglo XVI, se impuso a todos la lengua del pueblo, el inglés, derivada del sajón. En Francia, la ordenanza de Villers-Cotterets (1539) sustituyó el latín por el francés en los actos jurídicos.

Las rivalidades económicas fueron otro motivo de enfrentamientos y conflictos; sobre todo después de los Descubrimientos, que planteaban el problema de la conquista de nuevos mercados y hacían posible la desviación de las rutas tradicionales. Podemos señalar la rivalidad entre la República de Venecia y Portugal en torno al comercio de las especias; la polémica entre España y Portugal a propósito de la repartición del Nuevo Mundo (solventada en principio por la división que de éste se hizo por el Tratado de Tordesillas, firmado en 1494 entre Castilla y Portugal); el enfrentamiento entre portugueses y franceses en el Brasil; el de empresas inglesas y la América española para fundar colonias en América del Norte; las medidas de tipo arancelario para defender las producciones nacionales y, en ciertas oportunidades, la exclusión de mercaderes extranjeros y el secuestro de sus bienes; el descontento nacido de un exceso de presión fiscal a favor de una poder extranjero, como fue el caso de los Países Bajos a mediados del siglo XVI, etcétera.

Por otra parte, el auge demográfico, el aumento de la producción agrícola y el desarrollo del comercio internacional vinieron a suponer un fuerte incremento de la fiscalidad y por tanto, de las riquezas de las haciendas públicas, elemento clave del Estado Moderno.

7. El desarrollo del Estado Moderno

Durante el período del Renacimiento, asistimos, según los casos, a la emergencia o a la afirmación de varios Estados nacionales y también a la desaparición de uno, el reino de Hungría, absorbido por el Imperio Otomano después de la batalla de Mohács (1527). Podemos considerar como Estados nacionales ya provistos de todos los elementos básicos del aparato estatal a Portugal, España (que seguía siendo una reunión de reinos bajos el centro del mismo monarca), Francia, Inglaterra, Polonia (bajo la dinastía de los Jagellones desde fines del siglo XIV, aunque la monarquía fuese electiva), Dinamarca (que conservaba el dominio sobre Noruega), Suecia (que conquistó su independencia a partir de 1523 gracias a Gustavo Vasa, rechazando la soberanía de Dinamarca) y Rusia (a partir del reinado de Iván III (1462-1505), el gran hacedor de la patria Rusa). Todos estos Estados (menos Polonia) tenían un mismo régimen político, la monarquía hereditaria, aunque las leyes de sucesión fuesen diferentes, admitiendo a las mujeres (Inglaterra, España) o excluyéndolas (Francia). También los ducados de Prusia, Milán y Toscana tuvieron un régimen monárquico después de 1530. Pero podemos aún

considerar a la República de Venecia como Estado nacional y lo mismo cabe decir de un régimen muy original, la Confederación Helvética.

La estructura fiscal era muy diferente según los países. En Francia, el impuesto más importante era la *taille*, tasa directa sobre las personas, pero relacionada con la propiedad de bienes raíces; las otras contribuciones importantes eran tasas de consumo sobre la sal (*gabelle*) y las bebidas (*aides*). En Castilla, el impuesto mayor sería un impuesto indirecto de consumo, (*el encabezamiento*) pero su modo de cobranza lo asimilaba a un impuesto indirecto; las otras tasas eran de tipo aduanero: puertos secos, almojarifazgo de Sevilla, almojarifazgo mayor de las Indias, etc.

En Inglaterra, la fiscalidad real estaba limitada por el derecho del Parlamento a votar los subsidios extraordinarios; las rentas ordinarias eran insuficientes: tierras reales, aduanas, derecho de tipo feudal. Los secuestros de la reforma dieron, durante algunos decenios, autentica soltura a la hacienda real, lo mismo que en Suecia, donde los bienes eclesiásticos alcanzaban en 1520 el 20% de la fortuna nacional. ¡Pero eso se acabaría algún día!

El ejército, otro privilegio exclusivo de los monarcas de un país, estaba limitado por su coste elevadísimo. Incluso las haciendas más poderosas (España y Francia) debían limitarse a mantener sólo unas pocas unidades permanentes.

La República de Venecia dio el tono más alto en la diplomacia. Su Senado mandó embajadores a todos los países importantes, que siguieron el ejemplo y pronto sostuvieron a espías y agentes de distintas clases en otras naciones.

Para administrar el Estado, los reyes se rodeaban de grandes oficiales escogidos entre sus nobles y cortesanos (canciller, condestable, *amiral*) y de diversos consejos que progresivamente se fueron especializando (Hacienda, Guerra, etc.).

En este aspecto, Castilla se adelantó a los demás Estados. En ciertas ocasiones recurrían a asambleas más o menos representativas de los estamentos del reino (Cortes de Castilla, Aragón y Navarra; *Etats Generaux* de Francia; *Parliament* de Inglaterra), aunque sólo el Parlamento inglés gozó de verdadero poder, por poco representativo que fuera.

En cuanto a la administración propiamente dicha, podemos distinguir varios modelos:

- En Inglaterra, el poder local se delegaba en jueces nombrados por el rey (*justice of peace*), escogidos casi todos dentro de la nobleza; no eran pagados, pero ejercían un control social eficaz; en Inglaterra todo el poder político era fruto de la propiedad de la tierra; en Dinamarca, el sistema era similar al inglés.
- En Francia país de gran extensión, el poder local estaba en manos de *oficiers*, es decir, de agentes que habían comprado su cargo al rey y que ejercían en su nombre un oficio de hacienda o justicia; el rey limitaba la tendencia de estos señores a actuar por su cuenta (como

<<dueños>>de sus oficios), gracias a *comisarios* a los que confiaba una misión determinada.

- El modelo castellano era el más próximo a la concepción moderna del Estado: el rey nombraba a letrados para ejercer cargas de *oidores* o *fiscales* en sus Audiencias y a *Corregidores* (que podían ser caballeros de capa y espada) para controlar a los regimientos; el sistema portugués era muy parecido.
- En Venecia, todos los cargos pertenecían a la nobleza, pero por un tiempo determinado y según un sistema de elección muy completo, para eliminar el acaparamiento y los fraudes.

Ya al final del siglo XVI se esbozan otros nacionalismos (el holandés, el prusiano, el bávaro), que no florecerán hasta el siglo siguiente.

Los sueños del Renacimiento se extinguen después de 1560. Las guerras de religión en Francia se tornan en tragedia. En el Atlántico se acerca el tiempo de un enfrentamiento durísimo entre Inglaterra y España. El Imperio, minado por el cisma religioso, no es más que una construcción política muy frágil. Los Países Bajos se entregan a una doble guerra, contra España y, a la vez, civil. La Europa oriental tiene que aguantar las ofensivas otomanas. Se aproximaba una edad de hierro, más que de oro.

Glosario.

Agnosticismo

Teoría filosófica que niega la posibilidad de conocer aquello que está más allá de los datos de la experiencia.

Almojarifazgo

Derecho que se pagaba por los géneros o mercaderías que salían del reino.

Anabaptistas

Grupo protestante que surgió en Zürich en 1525. Entre otras cosas, rechazaba el bautismo de los niños, o exigía que fueran nuevamente bautizados al alcanzar la edad del uso de razón. Además, tenía profundas implicaciones sociales, sobre todo en las masas campesinas, al querer aplicar la reforma religiosa de Lutero a los problemas sociales de los campesinos y tratar de poner en práctica el comunismo religioso. Lutero, alarmado, predicó contra ellos la llamada <<guerra de los campesinos>>.

Averroísmo

Tendencia que toma nombre del filósofo hispanoárabe Averroes (siglo XII), cuya obra consistió en interpretar el pensamiento aristotélico; su influencia fue notable en la universidades europeas del siglo XIII, extendiéndose hasta principios del siglo XVII.

Barbecho

Tierra de labranza que no se siembra, usualmente durante uno o dos años para permitir que recupere sus nutrientes.

Dieta

Junta o congreso que en ciertos estados se forman confederación delibera sobre asuntos que les son comunes a todos ellos.

Dieta de Worms

Importante reunión celebrada en la ciudad alemana de Worms, en 1521, en la que Lutero fue condenado al destierro por Carlos I, tras negarse a la retractación de sus tesis reformadoras.

Diezmo

Impuesto consistente en el 10% del valor de las mercancías que se vendían o que llegaban a los puertos, o que pasaban de un reino a otro. También, décima parte de las cosechas (en frutos y ganados) que los fieles abonaban a la Iglesia durante la Edad Media y parte de la Edad Moderna.

Elector

Cada uno de los príncipes de Alemania a quienes correspondía la elección y nombramiento del emperador.

Encabezamiento

Régimen tributario por el que un consejo se obligaba a pagar a la hacienda pública una cantidad fija, que se recaudaba entre todos los vecinos o cabezas de familia.

Endémico

Enfermedad que afecta de forma permanente a una región determinada.

Epidémica

Enfermedad que afecta de manera eventual a cualquier región.

Fustán

Tejido de algodón, muy tupido, con pelo por una de sus caras y trama fuerte.

Guerras de Italia

Tiene su origen en los enfrentamientos que se produjeron a finales del siglo XV entre los Reyes Católicos y Carlos VIII de Francia, por las pretensiones de éste último a la corona de Nápoles. Durante los reinados de Carlos V y Francisco I de Francia el ducado de Milán será motivo de rivalidad entre ambos, que les llevará a cuatro guerras consecutivas. Terminarán en 1516 gracias a una serie de acuerdos: el concordato de Bolonia, el tratado de Noyon y la <<paz perpetua>>.

Guerra de las Dos Rosas

(1455-1485) Se llama así a las luchas que entre 1455 y 1485 mantuvieron por el trono de Inglaterra las dos casas reales, la de York (cuyo símbolo era una rosa blanca) y la de Lancaster (cuyo símbolo era una rosa roja), ambas procedentes de la Dinastía de los Plantagenet. La guerra tuvo como consecuencia el fin de los Plantagenet, el debilitamiento del poder de la nobleza y la subida al trono de la Casa Tudor. Tuvo tres periodos: en el primero, Eduardo IV de York venció a Enrique VI (Lancaster). El segundo periodo se produce a la muerte de Eduardo; su hermano Ricardo subió al trono, tras hacer desaparecer a sus sobrinos, lo que provocó nuevas luchas internas. En el tercer periodo, un Lancaster, Enrique Tudor, con la ayuda de Carlos VIII de Francia, se enfrentó a Ricardo III, derrotándole. Enrique Tudor fue nombrado rey con el nombre de Enrique VII.

Guerra de los Cien Años

(1337-1473) Conflicto bélico entre Francia e Inglaterra que duró de 1337 a 1473, con numerosas treguas de por medio. La primera confrontación comenzó con las luchas entre Plantagenets y Capetos (1154-1259), que por el tratado de París (1259) llegaron a un acuerdo según el cual los primeros renunciaban a parte de sus dominios. Este fue el germen de su conflicto que estalló en 1340, al proclamarse Eduardo III rey de Francia; derrotó a la flota francesa en Flandes y venció a Felipe VI de Valois en la batalla de Crecy (1346). Los ingleses se apoderaron de Calais y concedieron una tregua, a causa de una epidemia de peste negra, que duró hasta 1355. En este año, el Príncipe Negro, hijo de Eduardo III, desembarcó en Burdeos, derrotando a la caballería francesa cerca de Poitiers. En 1359 hubo un nuevo ataque de Eduardo III. Carlos V de Francia reorganizó el país y recomenzó la guerra, venciendo a los ingleses en Mans y recuperando paulatinamente los territorios franceses. La guerra se interrumpió durante 35 años. En 1415, Enrique V de Inglaterra desembarcó en la desembocadura del Sena. Francia entró en la guerra civil y Carlos VI hubo de firmar el tratado de Troyes, haciendo a Enrique V heredero del trono francés. A la muerte de este último se anuló el tratado, pese a lo cual Enrique VI fue nombrado rey de Francia; ello provocó un levantamiento popular a favor de Carlos VII de Francia, quien tras diversas vicisitudes, consiguió armar un gran ejército y derrotó a los ingleses en sucesivos encuentros, que culminaron en Castillon, en 1453.

Letra de cambio

Orden de pago hecha por una persona a otra a favor de una tercera o de quien ésta señala.

Margrave

Título que se daba en el Sacro Imperio Germánico a los señores encargados de mandar las tropas, hacer justicia y administrar las marcas.

Mecenazgo

Protección dispensada a los artistas por una persona de abundantes recursos económicos.

Manierismo

Término derivado del italiano *maniera*, que Vasari utilizaba como equivalente a estilo, si bien luego se fue asimilando a *amanerado*. Prescindiendo en este sentido peyorativo, el manierismo surge en la segunda época del siglo XVI, como reacción frente a los ideales de equilibrio y perfección del Renacimiento, buscando lo insólito, lo desconcertante, la máxima expresividad. Sus iniciadores fueron los Toscanos Rosso Fiorentino, por Pontormo y Beccafumi, participando también en su gestación Berrugete y Predo Machuca. Se desarrolló durante todo el XVI, a finales del cual de inicio la era barroca.

Neoplatonismo

Escuela filosófica surgida en Alejandria a finales del siglo II, continuadora del ideal de la academia platónica pero en la concurren el aristotelismo, el estoicismo y el pensamiento judaico. Unas de sus figuras fue Filón.

Padrón

Lista que se hace en los municipios para saber el número de sus vecinos (o moradores).

Palladiano

Estilo del arquitecto italiano Andrea Palladio (1508 – 1580), cuyo sereno clasicismo influyó notablemente en la arquitectura europea.

Peste Negra

Epidemia que se extendió por Europa a lo largo del siglo XIV. La enfermedad, transmitida al hombre por las pulgas parásitas de algunos roedores (fundamentalmente una especie de rata) se propagó a lo largo de las principales vías comerciales de la época, produciendo u elevadísimo número de víctimas en todo Europa.

Quasimodo

Domingo de la octava de Pascua (domingo II de Pascua).

Simonía

Compra o venta de bienes espirituales o de cargos o beneficios religiosos. Constituyó una auténtica plaga durante toda la Edad Media, y fue perseguida por el papado.

Tipos móviles

Cada una de las piezas de metal en forma de paralelepípedo o prisma rectangular, que lleva en la parte superior una letra esculpida (u otro signo) en relieve, para que pueda marcarse sobre el papel una vez entintada.